

Llegue la contemplación para vosotros de todo lo prescrito por el Padre, de todo o advertido en sus mandatos, de todo cuanto ha querido prevenir a vosotros como sus más tiernas criaturas pues que conoce vuestra constante fragilidad humana, vuestra endeble resistencia a las tentaciones a pesar de cuantas veces ha intentado el fortaleceros a través de su palabra, el mostráros los caminos, los mejores no para que no emprendáis los rudos trechos por dónde es menester para que aprendáis así el esquivarlos, sino para que sepáis distinguir lo necesario, lo congruente, de todo aquellos que sólo encierra turbulencia, aturdimiento en el que os sumergís con alborozo, pero después soléis lamentaros con frecuencia y no reconocéis ya de lo debido porque es tanta y tan falaz la maldad o la ignorancia, que llega el momento en que confundís y dais por hecho que lo que hacéis es la manera en que soléis actuar es correcta, en que nada debe oponerse porque sería considerado como erróneo a lo que vosotros decidís como lo infalible y lo adecuado, lo más conveniente para vosotros mismos como para los demás, para los otros que en los más de los casos muestran lo enfebrecidos que están con vuestra propia exacerbación de todo aquello sobre los que pretendéis, el poderío, el dominio absoluto de cuanto os satisface plenamente, aún cuando esa plenitud de cierto y en verdad no os llega nunca, pues una vez en esos senderos, en esas rutas por decir ensordecidos, ignominiosamente llevados sin el menor escrúpulo, sois como caballos de carrera que ya no, no pueden detenerse aunque quisieran, una vez que han emprendido ese trayecto que os lleva, os conduce sin elección a esa meta que pretendéis, meta anhelada del verdadero avance hacia el progreso, pero olvidáis distorsionando de tal forma no sólo las acciones sino hasta los conceptos y así entendéis como progreso todo cuanto observáis, no en ese avance respecto a lo que la enseñanza verdadera pudo expresar hace ya siglos, las posiciones reales, verdaderas e independientes de las malas tendencias que ahora os llevan sólo a complementar ese dominio que siempre pretendéis ejercer sobre los otros de tal manera hermanos, que así consideráis que seréis como esas naciones avanzadas cuanto más poseáis en poderío, en ese armamento ominoso por cuanto es destructivo de vida, va a segar de cuanto fuera tan grandioso o tan digno de admiración en otros tiempos en que la furia no estaba encendida y la codicia aún no había alcanzado esos límites con que se apodera de toda buena voluntad del hombre y le hace perder toda congruencia trasponiendo cualquier límite, cualquier significación que pretendiera oponerse a lo que conduce a la locura, la ambición demencial e inagotable y todo cuanto es y hasta ocioso resulta por reiterado tantas veces de cuánto sabéis y vivís ahora como propias experiencias; más si es que aún por la bendita gracia de ese Padre, su infinita piedad y su paciencia, os atrevéis a recordad y a recapacitar acerca de cuanto está ocurriendo y a contemplar de nuevo con cordura aquel ayer en donde fueron sepultados, desterrados ya son muchos valores, muchos tesoros verdaderos que lo son, eran y lo seguirán siendo para aquellos pocos que milagrosamente aún mantienen la cordura, la sensatez que otrora había existido en otros casos, podréis quizás tratar de recuperar de esos despojos, tratar de recobrar de todo aquello, de esos fragmentos,

de esos bloque que fueron del sentimiento humano hoy tan despedazados por la inclemencia de vuestras acciones, volver paso a paso por esos caminos, por aquellos senderos que fueron de lo limpio, donde aprendisteis a cultivar sin mancha alguna y conservarlos con esa pureza verdadera de obediencia, de verdadera entrega y dedicación a los principios de acuerdo siempre a los mandatos de ese Padre y con buena voluntad si es que persiste, podéis tratar de resanar aquellos muros, aquella fortaleza en la que podáis refugiaros como a la vez a otros que al igual que vosotros aún conservan, retoman de cuanto la Grandeza de DIOS, la caridad inagotable del Padre construir para vosotros como vuestro refugio y vuestra guía, como la meta, esa meta tan segura que os llevara a la seguridad, la bonhomía, la que en verdad deseara para el hombre y como se os ha retirado tantas veces, del avance seguro del planeta. Seguid pues los que tenéis aún de cierto en vuestro corazón y en vuestro espíritu las reglas que son cautela y poseídos de esos anhelos tratando de congraciarios ante el Padre, brindarle el amor con vuestras obras que anhelan también alcanzar la caridad del Padre. MOISÉS